

— Aunque quisiera obedeceros, los negros no me seguirían.

Y, en efecto, los buenos senegaleses continúan haciéndose matar al lado de Chevigné, que ya no respira. Cuando no quedan sino seis, el sargento les ordena que se replieguen hacia Tambuctú. Ninguno de ellos obedece. Entonces el sargento hace cargar el cadáver del oficial sobre un camello, y huye. Tras él, siguiendo al jefe muerto, se van también los últimos cuatro supervivientes de una compañía entera.

Los sudaneses de Orleans tienen su campamento al lado del Loira, entre los árboles del último bulevar. La gente viene a verlos por las tardes con la misma curiosidad con que visita, en tiempos de feria, las jaulas de tigres de Pezon. Envueltos en sus abrigos azules, los infelices africanos comienzan ya a sentir los escalofríos del otoño europeo. Sus ojos no brillan sino cuando un poco de aguardiente les da algo del calor que necesitan para no sufrir. Los orleaneses les echan cigarrillos por la reja de la puerta y se divierten viéndolos cómo se precipitan unos sobre otros para disputarse la ligera presa. Los que logran coger el pitillo van a enseñarlo cual un trofeo. Los demás se acercan a los curiosos y, mostrando sus dientes muy blancos en un gesto que tiene algo de amenaza y algo de halago, murmuran palabras que nadie entiende.

— Son verdaderos animales — exclama de vez en cuando alguien.

Y eso son, en efecto. Son animales amaestrados para la guerra, como los antiguos elefantes de la India, como los antiguos perros de Cartago, como los antiguos halcones de Germania...

La ruina de Europa.

16 de octubre.

«Cuatro Estados europeos serán los únicos que lograrán salvarse de la ruina: en el Norte, Suecia y Noruega; en el Sur, España y Portugal. Los demás, aun no siendo beligerantes, tienen que movilizar sus tropas y comienzan ya a notar las consecuencias materiales del conflicto.»

Esto lo dice un eminente economista francés, M. Paul Louis. Y luego, calculando lo que ha de pasar si la guerra dura más de seis meses, asegura que jamás se habrá visto en ninguna época de la Historia una miseria mayor en Europa.

Son terribles las cifras actuales. Los 87 millones de francos que forman el presupuesto de entradas diarias de las seis grandes potencias europeas en tiempos ordinarios, no bastarían ahora ni para pagar la tercera parte de lo que los ejércitos cuestan cada veinticuatro horas. Según la estadística del coronel Henke, un año de guerra costaría:

A Alemania, 14.000.000.000.

A Francia, 14.000.000.000.

A Rusia, 19.000.000.000.

A Austria, 9.000.000.000.

Lo que forma un total de 56.000 millones de francos, sin contar a Inglaterra.

Ahora bien: por más sacrificios que los beligerantes quieran hacer, resulta imposible que logren reunir todo ese dinero. Los más ricos Estados, como Francia e Inglaterra, disponen de reservas de oro y plata que pueden, en tiempos ordinarios, llegar a cinco o seis mil millones. Pero eso no durará sino cuatro meses, aproximadamente. En seguida será necesario comenzar a buscar nuevos recursos.

«¿Cómo harán estos grandes países — pregunta Paul Louis —, que en tiempos normales se ven en grandes dificultades para encontrar unos centenares de millones? No hay que olvidar, por otra parte, que cuando calculamos que los productos ordinarios son de 87 millones diarios para las seis grandes potencias juntas, nos referimos a las épocas ordinarias. Ahora los productos de las contribuciones han disminuído ya en proporciones considerables, y cada día disminuirán más. En cuanto a los empréstitos, interiores o exteriores, de poco socorro serán. ¿Quién va a prestar, puesto que los países que, en general, prestan son los que tienen que pedir prestado? De octubre de 1870 a febrero de 1871, la Delegación francesa no pudo conseguir sino 874 millones. Para un lapso de tiempo igual, Francia necesita ahora 4.500 millones, por lo menos.»

Pero la penuria de oro no es la única que debemos temer. En Londres y en París se estima que Alemania, bloqueada, no podrá encontrar lo necesario a su subsistencia durante seis meses. La verdad es que si Alemania se encuentra realmente en peores condiciones que Inglaterra o Francia, tampoco estas dos naciones se hallan al abrigo de todo peligro. En tiempos ordinarios, Rusia y Hungría exportan grandes cantidades de trigo, que son indispensables para la alimentación europea.

Ahora no hay que contar con eso. Tampoco hay que contar con las próximas cosechas de un modo normal.

«Bien sabemos — dice M. Paul Louis — que los Estados Unidos y la Argentina se esforzarán en enviar cereales y carnes en enormes cantidades; pero por mucho que manden, no lograrán, si la guerra se alarga, impedir que la miseria haga terribles estragos en toda Europa.»

¿Y la industria, que constituye la principal riqueza de estos pueblos? Un año de paro obligado por la movilización no significa únicamente la pérdida de lo que no se gana en ese tiempo, sino también, en gran parte, la ruina de las fábricas mismas.

«Las maquinarias complicadas — dice Paul Louis — se dislocan y se enmohecen al cabo de pocos meses de de descuido.»

En Alemania, donde hay carbón, no existen ya materias primas. En Francia, la crisis del carbón no tardará en hacerse sentir. En ambos países, en fin, los obreros están en la guerra.

He aquí, para terminar, el cuadro *d'ensemble* que el ilustre economista francés nos traza de la Europa de mañana:

«Como el pago de los cupones de rentas es problemático, por la necesidad de emplear todo el dinero disponible en las necesidades de la guerra, los títulos de renta serán vendidos por paquetes a bajo precio. Los billetes de Banco no conservarán tampoco su valor, y sólo el oro será mañana lo que es hoy. Para tener oro, se darán papeles en grandes cantidades. Las acciones industriales perderán dos terceras partes de su valor. La ruina del capitalismo se complicará de una rarefacción enorme del crédito, fatal al comercio pequeño y a la pequeña industria. En suma, vencedores y vencidos están condenados a la misma horrible ruina.»

Los horrores de la guerra.

20 de octubre.

El primer día que notamos todos cuán diferente es la guerra actual de las guerras de otros tiempos, fué cuando leímos en la lista de los soldados muertos en el campo de batalla el nombre de Charles Peguy. ¡El autor del *Mistère de la charité de Jeanne d'Arc* acostado en una trinchera con el pecho atravesado por una bala, no, en verdad, no era natural, casi no era verosímil! Basta evocar la dulce y triste silueta de aquel gran artista para comprender lo absurda que resulta su imagen en un cuadro de violencia y de heroísmo. Con su barba ya florida de hilos blancos, con su cabeza casi calva, con sus ojos de fatiga y ensueño, hacía pensar en algo de monácal y de débil. Cuando iba a sentarse ante su mesa de trabajo, después de haber recorrido los viejos barrios de los libreros del Sena, ni siquiera se quitaba el gabán, por temor a resfriarse. Las manos, muy blancas, muy finas, no parecían hechas sino para escribir, para acariciar los lomos de las venerables encuadernaciones, para hojear manuscritos. Si alguien hubiera tenido la lúgubre fantasía de verle muerto, es seguro que se lo habría figurado en una estancia muy apacible, entre damas graves y compañeros afligidos. Mas he aquí que la realidad nos lo presenta cayendo cual un rudo militar entre el estrépito de la metralla.

En tiempos de servicio militar obligatorio, la lógica nos dice que esto no tiene nada de extraño. ¿No son todos soldados, no son soldados los sacerdotes mismos? Sí... Y sin embargo, estos hombres que nada, ni sus aficiones, ni sus figuras, ni sus caracteres, predestinaba a las acciones heroicas, nos desconciertan y nos espantan. Porque no es que llevaran trajes de paz, no. Entre nuestros amigos, nunca dejamos de tener algunos que, aun vestidos de levita, se nos antojan capaces de arriesgar su existencia en cualquier momento, con cualquier pretexto. Que los hombres de *sport* tomen un fusil y luchen, está bien. Pero es que en Peguy había, además del traje, un alma de paz.

¡Y si fuera sólo él!...

Cada mañana algún nuevo nombre de literato o de artista o de sacerdote aparece en las siniestras listas. Son muchos ya los que se han ido sin deberse haber ido. La ciega suerte dijérase que los escoge de intento para impresionarnos. He aquí a Charles Muller, he aquí a Pierre Gilbert, he aquí a Louis Cadot, he aquí a René Francés, he aquí a Alberic Magnard, he aquí a George Latapie, he aquí a Reynal, he aquí a Gurrigues, he aquí a Vours...

¡Cómo se habría reído Muller si, hace apenas tres meses, alguien le hubiera dicho que moriría en un campo de batalla! Más escéptico y menos militar que aquel hombre alto, fino, pálido y enfermizo, creo que no lo ha habido nunca. Muy en el fondo, es posible que hasta la misma idea de patria y de heroísmo le pareciesen algo pasadas de moda. En cuanto al espíritu guerrero, no hay más que recordar sus burlas contra Deroulède para darse cuenta de lo que pensaba de él. Con su ingenio parisiense, había nacido para sonreír de todo y para no

tomar nada en serio. Abrid cualquiera de sus libros encantadores. Entre sus páginas la vida se desliza con roces de sedas, con murmullos de galantería, con rumores de burla. Por no parecerse a los que cantan epopeyas, ni siquiera se atrevió nunca a emplear palabras sonoras. Los héroes pasan, a través de sus parodias, acompañados de ritmos irónicos que evocan espectáculos de Offenbach.

Y sin embargo, ahí está también enterrado, al borde de una ruta, con el pecho roto por una bala ciega, el pobre escéptico...

— Han muerto por la patria, voluntariamente— dicen todos.

¿Hasta qué punto es esto cierto? Guerras siempre las ha habido y patriotismo también. Sin embargo, ¿dónde están, en las crónicas de otras épocas, los nombres de los que, con almas como las de Muller y Peguy, sucumbieron luchando?

Más bien hay que decir:

— Han muerto cumpliendo su deber.

Pero lo terrible, lo doloroso, lo desgarrador, es que haya, para ciertos seres, un deber que no sea el de vivir y el de contribuir a embellecer la vida. Figurémonos, por ejemplo, que Goethe, en Valmy, en vez de colocarse al lado de su príncipe, en un sitio abrigado, para oír la voz del cañón sin peligro, hubiera tenido la «obligación» de avanzar entre las líneas de fuego, exponiendo su vida admirable, y experimentaremos un sentimiento de indignación contra la suerte y contra la guerra. Que muera el soldado, está bien. Para él la gloria y el respeto. Pero hay hombres que no son soldados, hay hombres que no han nacido para matar, sino para pensar. Y no basta que ellos quieran, en instantes de exaltaciones, ofrecer su

existencia en el gran holocausto de la patria. Más que de sus muertes, la Humanidad tiene necesidad de sus vidas.

— Vuestra pluma— contestó el rey a Chateaubriand— me sirve más que un regimiento.

Las leyes modernas son menos cuerdas que los reyes antiguos, puesto que en los días trágicos no dan a un artista, a un filósofo, mayor importancia que a un campesino.

¡Ah! ¡La tristeza de ver desaparecer a un Pierre Gilbert cuando todos esperaban sus obras prometidas! ¡Ah! ¡La pena de no poder volver a oír las voces juveniles de un George Latapie y de un Brunel de Peraard!...

¿Y qué decir de ese pobre abate Le Plisson, cuya muerte lloran las musas sagradas? Con su alma todo misericordia, habíase consagrado, abandonando las letras profanas, a cantar la pobreza, la mansedumbre, la humildad, la paz interior. «Hay en sus poemas— escribe uno de sus comentadores— un eco de la voz del santo de Asís, amigo de las bestias y de las piedras.» Había, en efecto, en el melancólico poeta místico una dulzura tan infinita, que muy a menudo sus estrofas parecían empapadas en lágrimas. La más ligera pena, el más delicado dolor, el más ligero tormento, acongojábanlo hasta el punto de producirle tormentos casi físicos. Todos los seres eran sus hermanos. Con los ojos siempre levantados hacia el cielo, pedía a Nuestro Señor que no abandonara a sus hijos, hoy más tristes que nunca, más que nunca expuestos a las tormentas del deseo, de la agitación, del pecado. «¡Tú que en tu excelsa benevolencia quisiste darte cuenta de lo que padece la carne— decíale—; tú que sufriste antes de los clavos de la cruz los hierros de las ansias; tú que fuiste el cordero inmolado

por tu propio amor, mira cómo claman los que hoy caminan por los caminos santificados, pero, ¡ay!, no dulcificados por tus plantas!» Y no era el sacerdote el que así hablaba. Era el hombre. Aun antes de abandonar el Barrio Latino para refugiarse en un seminario provinciano, su suavidad tenía algo de extraordinaria. Las obras de violencia parecían de inspiración diabólica.

Mas, ¡ay!, al comenzar la guerra, él también tuvo que empuñar el fusil fratricida. Y he aquí que él también ha sucumbido como de seguro no habría querido sucumbir.

A cada instante, ante las hecatombes, ante los incendios, ante los asesinatos actuales, los hombres que aún conservan un rayo de serenidad, se espantan de ver cuán más cruel es la guerra nuestra que las de nuestros abuelos. Lo que impresiona es lo enorme de los ejércitos y lo terrible de las máquinas destructoras. Esos cañones que a veinte kilómetros de distancia hacen arder las aldeas y destruyen los templos y convierten en cementerios los campos, sugieren ideas de maldiciones apocalípticas.

Para mí no es el cuadro formidable de las batallas lo más doloroso, sino la composición de los ejércitos. ¿Con qué derecho, pienso, se obliga a matar a los que no tienen almas de guerreros? El servicio militar obligatorio, que en principio nos parece, cuando lo consideramos en tiempo de paz, un régimen de igualdad y de justicia, conviértese, al verse sus resultados prácticos, en el más monstruoso de los fenómenos de los tiempos modernos. Contemplad el espectáculo de uno de los países que están empeñados en la lucha continental, y notaréis que jamás se os había figurado que eso pudiese existir. Los campos están abandonados, los talleres están desiertos, las tiendas están cerradas. La ruina es absoluta. Pero no

es sólo la ruina lo que acongoja. Es la idea de que millares de seres que no han nacido para la lucha, que no tienen corazones guerreros, forman parte de las huestes que, por fuerza, devastan y asolan.

A cada instante, interrogando a los prisioneros alemanes que forman parte de las reservas, los médicos franceses notan con sorpresa que no saben a punto fijo ni por qué pelean ni casi contra quién pelean.

— Se nos había asegurado — dicen algunos — que los belgas nos acogerían amistosamente y que los ingleses, lejos de atacarnos, nos apoyarían.

Y sollozando, hablan de sus familias, de sus hogares, de sus aldeas.

Ahora bien: pensad en lo que un intelectual que tiene, además de la noción humana de su propio sacrificio, la clara idea de la monstruosa obra que contribuye a realizar, debe, en los momentos supremos, sentir en el fondo de su alma. Se habla de los intereses supremos que están en juego. Muy bien. Cada uno de los pueblos que guerrearán, cree defender la cultura, la justicia, la civilización. «Es asunto de vida o muerte», dicen. En realidad, es asunto de muerte, sólo de muerte. Pensad en lo que será Europa después de un año de lucha. Hoy es Bélgica y es una parte de Francia las que sienten los efectos asoladores de las llamas. Mañana será Austria, será Alemania. Por todas partes la tea incendiaria puede pasar. Y al fin de la tragedia, no logrará la moral ni siquiera consolarse diciendo que ha sido un ejército el que ha destruído, en un instante, lo que había costado el esfuerzo de muchas generaciones. No. Es Europa entera, son los intelectuales lo mismo que los bárbaros, los que forman la horda.

¡Ah! ¡Ciertamente, al pensar lo que ha de sentir la

conciencia del mundo dentro de algún tiempo, ante una Europa devastada por el fuego y arrasada por el hierro, casi se sienten deseos de no llorar a los poetas, a los filósofos, a los sacerdotes que ahora sucumben! Ellos, por lo menos, no tendrán que llorar lo que, involuntariamente, han contribuído a hacer.

Las lindas enfermeras.

22 de octubre.

El Gobierno militar de París acaba de prohibir a las damas de la Cruz Roja que salgan a la calle vestidas de enfermeras. Los Gobiernos militares han sido siempre enemigos de la coquetería en tiempo de guerra. Una sonrisa o una flor, se les antoja una injuria a la gravedad de las horas trágicas. Ya en los tiempos de la gran Revolución, cuando los soldados del general Bonaparte luchaban contra los tiranos de Europa, las parisienses se quejaban de que los comisarios se metieran en sus escarapelas y en sus cofias tricolores. Ahora son los amplios mantos blancos, las tocas albas y las blusas de lino, las que sufren persecuciones policíacas. Y no tenemos necesidad de preguntar el porqué de tales medidas. El porqué es siempre el mismo. «Es preciso ser serias, y no ser coquetas», murmura la voz oficial. Sólo que las mujeres, hoy como ayer, hoy como siempre, son más capaces de heroísmo, de sacrificio, que de seriedad exterior y de abandono de la coquetería.

En el caso actual hay, además de esa razón antigua y general, algo que puede llamarse rivalidad femenina.

Todos saben, en efecto, que en tiempos ordinarios la Cruz Roja es una institución eminentemente seria. Las damas que la administran son viudas de generales, esposas de ministros, hermanas de arzobispos. Para ser-

virla, las hijas de San Vicente de Paul están siempre ahí, con sus grandes rosarios y sus manos pálidas. Laica, en principio, tiene en el fondo, como todas las obras caritativas creadas por mujeres, una especie de beatitud llena de recato. «A nuestro modo — parecen decir las buenas señoras —, formamos algo así cual una Congregación.»

Pero he aquí que, al iniciarse la guerra, cuando fué necesario apelar a todos los apoyos, hubo que dejar penetrar en los hospitales militares a las que quisieron consagrarse a curar enfermos. Las jóvenes, entonces, eclipsaron a las ancianas, y las bellas fueron más admiradas por el público que las feas.

Entrad en una ambulancia, y veréis tantos lindos rostros como en un teatro en épocas normales. Las más linajudas señoritas, las más ricas herederas, las más lujosas mundanas, las más célebres actrices, están ahí, a la cabecera de los que sufren.

— ¡Hasta las pecadoras! — exclaman con espanto las hermanas de la Caridad.

Y es cierto. Las bellas pecadoras, que ayer veían suicidarse a sus amantes sin conmoverse, emplean sus días y sus noches en aliviar a los que sufren. Un médico viejo, de los que no se emocionan nunca, decía, hablando de las jóvenes enfermeras mundanas:

— Es un espectáculo que me hace a veces llorar, el de estas mujeres acostumbradas a ser tratadas cual ídolos, y que ahora, en las ambulancias, se consagran a oficios verdaderamente repugnantes. No hay nada que las pobrecitas no hagan con entusiasmo. Con sus manos deliciosas lavan las más horribles llagas, barren los más humildes lugares, limpian los más asquerosos trastos. En donde nosotros apenas podemos soportar los olores

del yodoformo y del ácido fénico, ellas respiran siempre risueñas.

Pero esto, que a los médicos les parece admirable, a las damas viejas y a las hermanas de la Caridad se les antoja un sacrilegio.

— No tenemos necesidad de cocotas — le respondió una santa hija de San Vicente de Paul a una actriz de la Comedia Francesa que se ofrecía para cuidar enfermos.

Todo lo que no es triste, feo, maduro y ceñudo, resulta cocotesco para las que han monopolizado la virtud.

— Con estas modas nuevas y estos nuevos trajes — dice una duquesa de Flers et Cavaillet —, no hay medio de distinguir entre una mujer perdida y una mujer honesta.

— Sin trajes, tampoco — la contesta un libertino.

En las ambulancias, al principio de la guerra, cuando aun no estaba nada completamente organizado, las directoras de la Cruz Roja creyeron que obligando a las enfermeras voluntarias a vestirse como las *garde-malades* de los hospitales, se suprimiría la odiosa coquetería. Con una blusa blanca y una blanca toca Cecile Sorel tenía, según ellas, que ser igual a Mlle. Durand, del Hôtel-Dieu. Los reglamentos fueron en el acto aplicados con el mayor rigor. Las elegantes sometieron a ellos y aceptaron el humilde uniforme. ¡Pero vaya usted a lograr que una parisiense de raza no haga el milagro de embellecer el más modesto de los atavíos! Con un traje-cito de 20 francos, una modistilla de la rue de la Paix es siempre más gentil que una noble y madura provinciana con un vestido de Redefern. Así, al cabo de pocas semanas, la librea hospitalaria llegó a tener prestigio de *chic*, gracias a las que la llevaban. Y, naturalmente, la

gente sería comenzó entonces a exasperarse contra esos cuerpos pecadores que no sabían ocultar sus divinas líneas bajo los trapos reglamentarios, y contra esos rostros que estaban iluminados por una sonrisa.

— ¿Qué lleva usted bajo la blusa? — preguntó un día una hermana de la Caridad a una actriz.

— Vea usted — contestó ésta.

Y, entreabriendo su alba pechera, enseñó un rico corpiño de encajes.

— Sepulcros blanqueados — murmuró la santa mujer, haciendo la señal de la cruz.

Al día siguiente, la actriz llamó aparte a la hermana, y, entreabriendo de nuevo su blusa, mostróle su divino pecho desnudo.

— Ya ve que he suprimido los encajes — la dijo.

La religiosa se desmayó de horror, como era natural.

Pero lo que resulta menos natural y más curioso, es que la prensa, contagiada de puritanismo y de austeridad, se ha declarado también, olvidando las galantes tradiciones del espíritu parisiense, enemiga de la coquetería ambulanciera. En el periódico de Clemenceau, un senador escribía ayer, haciéndose eco de las murmuraciones de las damas maduras:

«Las funciones de enfermera no son de la misma naturaleza que las de conductora de cotillones. Para curar heridos no hay necesidad de levantar los ojos al cielo ni de enseñar hileras de dientes finos como perlas.»

Todo esto es muy cierto. Sin dientes se puede vendar un brazo, y con lentes negros es fácil hacer una tisana. Sólo que yo no sé si resultan peores las vendas puestas con lindas manos que las otras.

Además, hablando seriamente, hay algo de mezquino, algo de odioso, en la antipatía que demuestran las pro-

fesionales de las enfermeras contra las lindas damas que, sin dejar de sonreír, se consagran a ayudarlas en sus misericordiosas labores por puro entusiasmo patriótico. Desde un punto de vista humanitario y humano, hasta puede asegurarse que entre una actriz que se improvisa enfermera y una hermana de la Caridad, la que más mérito tiene no es esta última. Hace tiempo que los médicos han reconocido que nada es tan funesto en los hospitales como el antiguo régimen místico y tético. El Dr. Pozi ha recomendado siempre a los que fundan Casas de salud que, además de flores, además de pinturas murales alegres, traten de buscar *garde malades* de rostros agradables. Y el Dr. Gottschalk ha dicho:

— Una sonrisa es a veces más eficaz que un medicamento.

Siquiera por llevar esa sonrisa a los que sufren, las lindas parisienses debieran ser alentadas, en vez de ser hostilizadas. Y si hay, en realidad, algo de profana coquetería en la ostentación de los mantos blancos y de las túnicas blancas, lejos de luchar contra ella, sería bueno fomentarla. ¿Qué daño pueden hacer las encantadoras damas que se pasean por la calle con sus trajes de hospital? ¿Dónde está el pecado en una alba toca de lino?

Los intelectuales alemanes y la guerra.

25 de octubre.

Más que los términos mismos del famoso Manifiesto de los intelectuales alemanes, lo que ha causado extrañeza, asombro mejor dicho, son las firmas que lleva al pie. Toda Europa habría querido, para poder quitar importancia al movimiento, verlo autorizado por nombres sin gran importancia, de esos que se prestan a las respuestas desdeñosas. Pero son, realmente, los más queridos, los más sabios, los más gloriosos súbditos del Káiser, los que se declaran solidarios de los incendiarios de Lovaina, de Reims, de Arras, de Senlis. Son los Haeckel, los Hauptmann, los Lamprecht, los Roentgen, los Sudermann, los Eucken, los cerebrales por excelencia, en suma, los que establecen la solidaridad entre la cultura germánica y el militarismo prusiano. «No es cierto —dicen— que la lucha contra nuestro cacareado militarismo no sea un combate contra nuestra civilización, como dan en decir hipócritamente nuestros enemigos. Sin el militarismo germano habría desaparecido hace tiempo de la faz de la tierra la civilización alemana. Para protegerla surgió en un país que siglos y siglos fué como ningún otro presa de correrías extranjeras. Ejército alemán y pueblo alemán constituyen un solo cuerpo. Tal modo de sentir cohermana hoy a 70 millones de alemanes, sin distinción de educación, clase ni par-

tido.» Y todos nos preguntamos: ¿Es posible que un Haeckel haya firmado esto, después de haber escrito, como muchos de sus colegas universitarios, algunas de las páginas que desde hace veinte años sirven de base a las controversias antimilitaristas? «Desgraciadamente —leemos en *La Creación Natural*, del gran filósofo alemán—, el militarismo toma cada día mayor importancia en los Estados; lo mejor de la fuerza y de la riqueza se emplea en armar a los hombres; y eso en países que pretenden representar la cultura y la civilización.» Este militarismo es el que el Manifiesto defiende y glorifica, no obstante.

Para explicarse tal absurdo, algunos periódicos ingleses han hablado de «una presión oficial enérgica ejercida en nombre de Su Majestad». Éstas son las propias palabras del *Times*. Mas basta con conocer el alma alemana, disciplinada hasta el paroxismo, para comprender que no ha sido necesario que ningún ministro intervenga. Los sabios de las Academias germánicas llevan siempre dentro de sí un personaje oficial. La solidaridad entre la Universidad y el Estado, es absoluta. Lo mismo que los generales, los profesores ilustres forman parte de lo que puede llamarse el gran Consejo de la Corona. Hace poco tiempo, cuando Ludwig Bunhard, más conocido por su ardor pangermanista que por su ciencia, fué nombrado catedrático en Berlín, algunos jóvenes intelectuales trataron de protestar contra lo que se les antojaba una peligrosa influencia de la política en las aulas. El murmullo de sus voces no llegó siquiera hasta los oídos de Su Majestad. En cuanto a los profesores, lejos de quejarse de lo que, en otra parte, habría parecido una medida de favoritismo, se esforzaron en hacer ver la admiración que sentían por el patriotismo exasperado de su

nuevo colega. Sin darse cuenta de ello, sin deseo verdadero de halagar al Gobierno, por un instinto de obediencia y de servidumbre que está en la sangre germánica, los intelectuales, aun siendo muy ilustres, tienen siempre algo de cortesanos. La imagen de Goethe, que se pasaba la mitad de su vida en las antesalas de los príncipes, es un símbolo nacional. Por muy revolucionarios que sean en el terreno de las abstracciones, los filósofos se convierten, en cuanto se trata de Alemania, en propagandistas de las ideas imperiales. Uno de los que con más entusiasmo han estudiado la vida literaria alemana, el norteamericano Andret, dice hablando de sus maestros de Berlín: «Los profesores son, sin excepción, nacionalistas, imperialistas y pangermanistas, y no pierden una ocasión de propagar la superioridad de todo lo alemán y la fe en la dinastía. Oid a Schiemann, en Berlín, o a Lamprech, en Leipzig, o a los demás en sus ciudades; siempre la copla será la misma: *¡Deutschland über Alle!* Figurarse a estos sabios imbuídos de amplias ideas universales y altruistas, como los franceses y los rusos, como los alemanes del siglo XVIII, es cometer un error. Cuando os hablan de ciencia, es de ciencia alemana; las ideas son alemanas, la belleza alemana, todo lo grande alemán. Hay que notar que cada vez que los Hohenzollern han querido dominar moralmente una provincia conquistada, lo primero que han hecho es fundar una Universidad. Los profesores no son, en realidad, sino los soldados de un ejército que, en tiempo de paz, prepara la guerra llenando de anhelos de conquista el ánimo del país.»

Entonces—diréis—, ¿no hay en Alemania intelectuales capaces de rebelarse contra el pangermanismo y el nacionalismo? Sí. Aun en estos mismos momentos de

delirio guerrero, hay una Alemania intelectual que detesta el militarismo y que sueña en una gran paz fraternal de toda la Europa que piensa, que siente y que trabaja. Pero ésta no es la de los profesores ni la de los Excellens. Y cuando ésta Alemania habla, nadie en el vasto Imperio oye su voz. Pocos meses antes de que estallara el conflicto actual, *Die Aktion* publicó un manifiesto firmado por doscientos escritores de Berlín, para protestar contra las nuevas leyes marciales. ¿Conoce alguien de los que hablan de los artículos de Gerhart Hauptmann aquel documento? Helo aquí:

«Las leyes militares que se imponen hoy al pueblo alemán repugnan a nuestra idea de civilización y comprometen el prestigio de nuestro país ante la Historia. Lejos de ser una garantía de paz, obligan a las demás naciones a aumentar sus armamentos, dificultando las buenas relaciones entre los pueblos. Como no es probable que el Reichstag reniegue de su obra, queremos, por lo menos, que quede aquí una prueba de que la Alemania intelectual se siente avergonzada de los que pretenden ser representantes del país. ¿Cómo acogerán tales representantes nuestra protesta? ¿Con el silencio?... ¿Con burlas?... Eso nos interesa tan poco como su patriotismo profesional. Lo único que importa es cumplir nuestro deber. Nuestro único objeto es hacer ver a Europa que la Alemania intelectual considera las nuevas leyes militares del Imperio como un ultraje a su honor.»

Bien sé lo que mi querido Maurice Barrés me diría si leyera estas líneas. Sonriendo amargamente, me diría:

— ¿Dónde cree usted que están ahora esos doscientos pacifistas? De seguro no es en el famoso Café del Oeste, sino en las trincheras de Lorena o de Flandes.

Sí. Pero es en el café berlinés en el cual florecían

hasta hace pocas semanas tantos ensueños generosos de fraternidad universal, donde yo quiero evocarlos, para convencerme de que existe siempre una Alemania que no se ha dejado alucinar por los espejismos sanguinarios del *Deustsland über Alle*. Allá, entre el humo de las pipas, veo las cabezas juveniles y oigo las voces vibrantes de los que protestan contra el sable, sin miedo de que el elemento oficial los declare indignos de llegar a ser excelencias.

— Ésos — dice la gente seria — son los *ratés*, son los amargados, son los que viven entre envidias y paradojas. Y son unas cuantas docenas en todo...

No son muy numerosos, en efecto, ni son tampoco muy felices. En medio de una formidable organización social creada según las reglas de un ideal positivo y desarrollada dentro de una disciplina de hierro, ellos, los bohemios, representan el espíritu libre, la idea desinteresada, el pensamiento generoso. Lejos de contribuir a arraigar en el alma del pueblo el odio y el desprecio hacia todo lo que no es germánico, proclaman en alta voz las grandezas y los esplendores de las civilizaciones extranjeras. Para ellos, París y Roma son las dos ciudades santas de la religión de la cultura y del arte. Y poco les importa que el elemento oficial trate de hacer creer a los jóvenes artistas que Munich es una Atenas, que Viena es una Jerusalén, que Dresde es una Meca. Ellos, recordando a Goethe y a Heine, vuelven siempre los ojos hacia las tierras del Sur, bañadas por el mar latino, y murmuran: «¡Luz, más luz!» Pero, ¡ay!, por lo mismo que adoran el espacio, la claridad, la armonía universal, sus compatriotas los obligan a vivir en la sombra y en el olvido. ¿Quién lee los libros de estos soñadores rebeldes?... ¿Quién compra las revistas en las cuales procla-

man su horror del militarismo, del universitarismo y del funcionarismo prusianos? La vieja Alemania idealista a la cual pertenecen sus corazones, no existe ya. Por eso uno de ellos, hablando en nombre de todos, escribía poco hace a François Poncet: «Vosotros, franceses, tenéis la suerte de pertenecer a una nación que vive con el espíritu y que vive libremente. Vosotros no conocéis el dolor de las palabras sin eco, de los gestos inútiles. Comulgáis con vuestro pueblo, que no se ríe de vosotros si os permitís hacer versos sin tener un diploma y un uniforme oficial. En cada uno de vosotros revive Voltaire, mientras nosotros tenemos que consolarnos pensando que nuestro padre Goethe no pudo nunca encontrarse ante un funcionario de la corte sin recibir lecciones y consejos que lo envilecían y lo agriaban.» ¿Cómo no han de vivir amargados los que así hablan de su existencia, los que así se reconocen como desterrados en su propia patria? Y poco importa que en estos instantes defiendan con el fusil en la mano los planes de dominación universal del Káiser. En el fondo del alma siempre conservan, seguro estoy de ello, un gran respeto y un gran cariño hacia el pueblo admirable contra el cual luchan.

Pero lo malo es que no son estos nobles poetas, estos libres dramaturgos, estos filósofos sin cátedra, los que representan la intelectualidad alemana. Tomaos el trabajo de leer las firmas del famoso documento que hoy indigna e irrita a Europa, y veréis que casi todas ellas están precedidas de un título, de excelencia, de consejero o de profesor. Siete son de catedráticos de Teología católica o protestante; siete de directores de Museos nacionales; siete de consejeros íntimos del Imperio; quince de profesores en las grandes Universidades; y sólo unos

cuantos de los firmantes pueden enorgullecerse llamándose trabajadores libres de todo lazo oficial. Pero esto del lazo oficial visible, es lo de menos. No es por cobrar un sueldo, por lo que los Foerster, los Haeckel, los Erlich, los Fischer, proclaman sus entusiasmos guerreros y excusan los incendios, las matanzas, los saqueos. No. Hombres de conciencia, serían incapaces de envilecerse obedeciendo a móviles bajos e interesados. Lo que pasa es que poco a poco la disciplina oficial, los honores oficiales, el espejismo oficial, han llegado a crear en ellos una mentalidad que les impide darse cuenta de lo extraño de sus palabras. No hace aún dos años, uno de los más ilustres firmantes del Manifiesto, Foerster, proclamaba en el Congreso Universal de las Razas su horror de la guerra y del militarismo. Id a preguntarle por qué ahora asegura que el militarismo alemán constituye la verdadera grandeza de Alemania. Como Haeckel, os contestará sin duda:

— Antes que sabio soy súbdito de Su Majestad.

Y esto es cierto. Por más grandes que sean los intelectuales alemanes, cuando salen de la bohemia y entran en las esferas sociales distinguidas, nunca se creerán superiores a un capitán de ulanos.

Lo que va de Nietzsche a hoy.

27 de octubre.

Dice usted, mi querido y admirado Zozaya, que a los adoradores de Nietzsche les ha parecido detestable el «gesto» de Anatole France al pedir, si no un fusil, por lo menos un uniforme de soldado. Esto no indica sino una cosa que usted sabe desde hace tiempo, y es que los creyentes suelen conocer mal a sus dioses. Nietzsche, en efecto, tan distinto siempre de Anatole France, en el caso actual es su precursor. Recuerde usted lo que nos cuenta la hermana del gran filósofo al referirse a la guerra del año 70. En aquella época, Nietzsche no era alemán. Para poder enseñar Filología en la Universidad de Basilea, habíase naturalizado suizo. Sus amigos censuraron en un principio su falta de patriotismo. Él les contestó, enseñándoles sus pómulos salientes de atamán:

— Yo soy eslavo... Mis abuelos se llamaban Niezki y eran condes...

Pero, en honor suyo, hay que decir que en cuanto las trompetas sonaron del otro lado del Rhin, el buen catedrático sintióse de nuevo germano y escribió al Gobierno de Berlín pidiendo un casco y un sable. Su edad no era la de Anatole France ahora. No tenía setenta años, ni tampoco cincuenta. Mas ni su salud ya quebrantada, ni su educación puramente universitaria, hacíanlo parecer apto para el manejo de las armas. El Estado Mayor,

que lo sabía, dudó durante algún tiempo antes de aceptar sus servicios, y, al fin, se decidió a incorporarlo en un cuerpo de enfermeros militares. Al cabo de poco tiempo, las fuerzas abandonaron al buen voluntario, y éste tuvo que refugiarse en su legendaria casita de Naumburgo.

Si recuerdo esto, mi querido Zozaya, no es únicamente para hacer ver que el «gesto» de Anatole France no tiene por qué extrañar a los nietzscheanos, sino también, y sobre todo, para tratar de destruir la leyenda según la cual el autor de *Zarathustra* era, en el fondo de su alma, más francés que alemán. Alemán era, absolutamente alemán, a pesar de su fantástico origen eslavo, a pesar de su naturalización suiza, a pesar de su entusiasmo por Francia.

Lo que pasa es que era un alemán de otra Alemania, de la Alemania pensadora, noble, estudiosa y poética, anterior al triunfo de 1870. Lo que se llama hoy la «cultura efectiva» y el «tecnicismo», no hubieran nunca podido seducirle. Además de tener un cerebro, tenía una sensibilidad. No hay más que leer una página cualquiera de su *Ecce Homo* para ver hasta dónde llegaba su amor por las imágenes y su pasión por el individualismo. «Egotista» le llaman, y el egotismo es lo contrario del caporalismo. También lo llaman sus sucesores en las cátedras de Filología, con mucho desdén, «poeta». Y, por lo mismo que era personal hasta la exasperación y sensible hasta la enfermedad, no puede compararse con los que, desde hace veinte años, han hecho de la ciencia alemana una milicia nacional, útil, sin duda, y tal vez incomparable en sus resultados prácticos, pero muy diferente de lo que soñaron los altruistas a la manera de Renán y de Pasteur. La pesadez germánica de los

filósofos oficiales dábale risa. Una página de un pensador de Francia libre, ligero, claro, parecíale contener más substancia que todos los tomos de los «herren» doctores de Tubingen. Y es que, para él, lo principal era la gracia, la intensidad y la independencia. «Si quieres seguirme — decía —, no me sigas.» Hoy, los intelectuales alemanes no le siguen a él, no, sino que se siguen a sí mismos, y van, unos tras otros, domados por una disciplina oficial y nacional, que les da un alma uniforme.

¡Ah, si le hubieran ordenado a Nietzsche que firmase el famoso Manifiesto que tanto ruido ha hecho en estos últimos días, que tanto y tan justamente ha indignado al Universo entero, y en el cual se excusa la destrucción de Lovaina, de Reims, de Senlis!...

En momentos como los presentes, enfermo y triste, y tal vez también indignado de lo que había visto en el principio de la campaña, el teórico de la vida peligrosa, seguía con un interés apasionado la marcha triunfante de las fuerzas germánicas en Francia. Que las victorias de sus compatriotas fueran gratas a su alma prusiana no es dudoso. Pero, en medio de su regocijo nacionalista, sus ojos veían con inquietud el porvenir.

«Temo — dice — que paguemos demasiado caros nuestros maravillosos triunfos, y, por mi parte, no estoy dispuesto a consentir en poner tal precio a lo que ganamos. La Prusia nueva será, según mis temores, altamente peligrosa para la cultura.»

¿Qué pensarán al leer estas líneas los filósofos germánicos? Hasta hoy, todos ellos han evocado con entusiasmo las imágenes nietzscheanas de terrible energía, en las cuales creen ver un símbolo de la Alemania moderna. Pero hay en Nietzsche algo que ni sienten ni com-

prenden, algo que no es de la época de von Kluck, sino del tiempo en que los alemanes, libres del yugo del caporalismo prusiano, sabían aún sentir, amar y admirar con independencia.

El día en que los periódicos de Berlín publicaron la noticia de la destrucción de Lovaina, los intelectuales alemanes, según la frase de un miembro del Reichstag, «no pudieron pararse a considerar con sensiblerías indignas del momento las ruinas de algunas piedras viejas, sino que meditaron con orgullo en la lección que daba Prusia al mundo para salvar a sus hijos de nuevos ataques traidores».

El día en que circuló la noticia de que Bismarck había bombardeado París y el Louvre, Nietzsche y su compañero Burckhardt sintieron de otro modo. Abel Hermant recordaba, poco ha, en un estudio del cual tomo las líneas antes citadas, la escena conmovedora de los dos grandes artistas. Mientras Nietzsche corría en busca de Burckhardt, Burckhardt iba hacia casa de Nietzsche. En el cuarto de trabajo de este último se encontraron al fin. Sin decirse una palabra, enseñándose mutuamente el boletín con el anuncio del incendio del Louvre, precipitáronse el uno en brazos del otro.

«La señorita Nietzsche — dice Abel Hermant — oyó durante largo rato desde la estancia vecina sus sollozos confundidos.»

¡Y luego encontramos quien asegura, caro Zozaya, que no hay nada de cambiado en la gran Alemania de los intelectuales!...

Las ciudades entristecidas.

29 de octubre.

Cada día nos trae, a nosotros los romeros de todos los santuarios, alguna noticia triste. «Viena — dice un telegrama — está lóbrega y desierta». «Estrasburgo — asegura un periódico — se ha convertido en un cementerio guardado militarmente». «Munich — escribe un diplomático — se muestra inquieto y hasta amenazador». Nancy, en fin, ha visto de nuevo las llamas que devoran barrios enteros...

*
**

Y yo pienso en la Viena que todos hemos conocido y que no tiene nada de guerrera, nada de lóbrega, nada de melancólica, sino que, por el contrario, es la metrópoli de la alegría discreta, de la elegancia risueña, de la gracia elegante. Aun me parece encontrarme en el Prater y oír la voz suave de la ciudad diciéndome al oído:

—Mi Rigstrasse no tiene rival en el mundo. Es un cinturón de joyas arquitectónicas engarzadas en los más nobles follajes. ¡He aquí la Bolsa, que no es, como en otros sitios, un antro de negocios, sino un bello templo blanco; he aquí el Vativ Kirche con sus dos altas torres; he aquí la Universidad que la Bolonia del Renacimiento nos habría envidiado a causa de su pureza de estilo; he

aquí las esbelteces góticas de la Casa Consistorial; he aquí el Holburg, que la Comedia de París ve con recelo; he aquí en su majestad helénica el Parlamento; he aquí, en el estilo del Norte, el Palacio de Justicia; he aquí el monumento de María Teresa, que es el más suntuoso que existe en el mundo; he aquí nuestra Ópera, nuestra soberbia Hofoperutheter, hermosa como un alcázar de rey francés del siglo XVIII; he aquí la Academia de Bellas Artes, con sus seis museos; he aquí el monumento de Schiller, en fin; y todo eso en un solo barrio, en un rincón de la ciudad.

Si quisiera detallarte todos nuestros monumentos, necesitaría un día entero. Pero temo que hablarte de piedras te aburra, ¡oh viajero!... Probablemente las lindas mujeres te interesan más que las fachadas góticas. ¿Conoces a las de este suelo? En toda Europa no las hay más encantadoras. ¿Lo dudas tú que vienes de París? Míralas bien y verás cómo unen las perfecciones del Norte y el encanto del Mediodía. «Son las parisien-ses de Alemania», decía Heine. Es cierto. Sus miradas, sus sonrisas, sus andares, sus actitudes, sus gestos, sus coqueterías, todo tiene en ellas esa seducción irresistible que constituye la *joliessse* francesa. Pero además de eso, tienen una pureza de líneas rara en todas partes. Son estatuas de mármol rosa que ondulan libremente. Y así, en las ciudades germánicas del Norte, donde es de rigor hablar de Austria como de un país en plena decadencia, sin arte, ni trabajo, ni riqueza, aun se inclina todo el mundo lleno de respetuosa admiración cuando alguien evoca la belleza de la mujer de Viena. Esta mujer corresponde a nuestra vida; es la mujer hecha para el amor, para las fiestas, para los vals. ¿No has oído hablar del vals vienés?... Toda nuestra existencia

es un ligero torbellino de ritmos y de risas. Por eso es rara, por eso es divina. Nuestra risa no sólo sale de los labios, sino también de los ojos, de las frentes, de los brazos, de las flores, de los árboles, de los muros, de las ventanas, de las calles, de todo lo que constituye el alma de la ciudad. Seres y cosas se confunden. Los trajes son tan deliciosos como las miradas. En todas partes algo seduce, algo atrae. Aquí es la línea pura de una columnata o la línea enloquecedora de un grupo de muchachas; allá, una alameda de castaños, cuyas ramas áureas tienen una melancolía de parque versallesco; más lejos, una calle sorprendente, en la cual se mezclan, y se confunden, y fraternizan, las claras faces del Norte y los dorados rostros de Oriente.

Mas, ¡ay!, esta Viena ya no existe. La Viena actual es un campamento febril y lóbrego, en el que sólo se oye, entre el ruido de las armas, el clamor de la gente que teme ver llegar a los cosacos. Las mismas mujeres, que antes sonreían, ahora lloran. Y la voz de la ciudad, lejos de evocar gracias y esplendores, recita estrofas dolientes.

*
**

Y Munich que se halla lejos de todas las fronteras, la rica Munich wagneriana y suntuosa, ¿de qué puede quejarse? Ni los rusos, ni los ingleses, ni los franceses, han de llegar nunca hasta sus puertas.

—No obstante—aseguran todos—, entre las grandes ciudades alemanas, ésta es la que más sufre, moralmente, de la guerra.

Lo de «moralmente» abre perspectivas en las cuales temería perderme. Baviera, según algunos, teme tanto